



**UN TIPO CASI
NORMAL EN UNA
SITUACIÓN
CASI ANORMAL**

**PABLO CARNICERO
DE LA CÁMARA**

UN TIPO CASI
NORMAL EN UNA
SITUACIÓN
CASI ANORMAL

PABLO CARNICERO DE LA CÁMARA.

UN TIPO CASI NORMAL EN UNA SITUACIÓN CASI ANORMAL

© Pablo Carnicero de la Cámara.

Extracto gratuito de la novela.

Revisión ortipográfica:

Neftalí Lamolda (@neftali.bookstagrammer)

Revisión general: David López.

Diseño de portada y maquetación: Somnis Design (<http://somniaisdesign.net/>)

Todos los derechos reservados.

Está prohibida la distribución y la reproducción total y parcial de la obra sin el expreso consentimiento del autor.

Instagram: @pablo_carnicero

Puedes conseguir más información en mi web: [Pablo Carnicero Escritor](#)

Encuentra todas mis novelas en Amazon: [NOVELAS PABLO CARNICERO](#)

INDICE

Capítulo primero.

Capítulo segundo.

Capítulo tercero.

Capítulo cuarto.

Capítulo quinto.

Me gustaría dedicar este libro a todos los lectores que han tenido la gentileza de confiar en mí en sus momentos de ocio. Agradezco de corazón la confianza que han depositado durante todo este tiempo, y espero que hayan podido encontrar buenos momentos de entretenimiento.

Esa es mi única pretensión.

*“Ella tiene ojos del cielo más azul,
como si hubieran pensado en la lluvia.
Odio mirar en esos ojos y ver una onza de dolor.
Su pelo me recuerda a un cálido y seguro lugar,
donde me ocultaría como un niño
y rezaría por los truenos y la lluvia,
hasta que llegara la tranquilidad”*

Sweet child of mine, Guns and Roses.

Capítulo primero.

—Jefe, el viejo ya ha hablado. ¿Qué hacemos?

El interpelado gruñó. La palabra viejo le desagradaba, porque le recordaba que él tampoco era ningún jovencito. Apuró la cerveza, se limpió los labios con el dorso de la mano y clavó una mirada salvaje en el hombre que había terminado de hablar. Se encontraban en el interior de un pequeño despacho amueblado con sencillez, pero con muy buen gusto. Giró levemente el sillón de cuero, cruzó las manos y sonrió.

—Dime, Salva.

—He apuntado el código de acceso. —Depositó un trozo de papel cuadriculado con una larga serie de caracteres escrito con la letra de un niño pequeño.

—Salva... —El tono de voz de aquel a quien había llamado jefe mostró una gran irritación. El rostro se le contrajo en una mueca de ira, pero logró contenerse.

Salvador Martínez, un hombre corpulento, de mirada noble pero algo ingenua, se estremeció; algo marchaba mal.

—Vuelve a hablar con el viejo —ordenó con voz más relajada.

—Creo que va a ser imposible.

—¿Por qué?

—Porque lo he matado, como ordenaste.

La mirada del jefe refulgió. Su puño golpeó la superficie de la mesa con rabia.

—¡Eres un estúpido! —bramó.

Se incorporó y mostró el pedazo de papel garabateado.

—¡No tenemos nada! —gritó con más furia aún.

—Lo he obligado a escribir el código tres veces seguidas, y no ha fallado ni una sola vez — se defendió Salva—. No ha podido inventarse un código tan largo.

—¡Nada! Aunque el código sea cierto, estamos igual que al principio, solo que la única persona que nos puede dar la información está muerta.

—Pe... pe... pero ¿qué información?

—El disco está oculto en la cámara de seguridad de un banco, cerrado con llave y protegido por una contraseña secreta. —ajó el tono de voz, pero su rostro se había congestionado por la rabia—. ¡Pero no sabemos ni de qué banco se trata ni dónde ha escondido la llave!

Salva comenzó a temblar, aterrorizado.

—Jefe..., habérmelo dicho... Me limité a arrancarle el código y después le rompí el cuello.

—¡Te dije toda la información! ¡TODA!

Salva comprendió que había metido la pata hasta el cuello. Y lo mejor sería no seguir hablando, porque se la podrían arrancar de cuajo.

Capítulo segundo.

—Arvydas Sabonis es el mejor extranjero que ha jugado en toda la historia de la NBA —afirmó Miguel de manera categórica.

—Pau Gasol lo supera con creces, y Nowitzky ya lo hizo —replicó Javier.

Miguel sonrió, y Javier llamó al camarero para solicitarle otro café con leche. El bar no era muy amplio, de planta rectangular y con una larga barra que ocupaba de manera transversal casi un tercio del local. Pero las mesitas eran cómodas; los camareros, simpáticos; el café, excelente, y el aire acondicionado, potente, como le gustaba a Miguel. Observó a Javier mientras este vigilaba que su petición fuera satisfecha. Los años habían pasado, reflexionó, y el rostro de su amigo lo revelaba sin tapujos: en su juventud había sido alto y desgarbado, de pelo rubio encrespado y rostro afilado; ahora, algunas arrugas le surcaban el rostro, se le había redondeado la figura con una barriga parecida a una pequeña giba de camello y su pelo comenzaba a escasear. Por supuesto que él tampoco era el mismo de antes. Quizá estaba quince o veinte kilos por encima de lo que pesaba diez años atrás. Pero se sentía ágil y fuerte, no gordo.

—¿Me vas a contar el motivo por el que te han despedido? —preguntó Javier, tratando de no continuar con la discusión. El camarero depositó la taza de café y vertió leche hirviendo.

—Llamé gilipollas retrasado mental a mi jefe —contestó Miguel. Tomó su café con leche y con hielo antes de hundirse en un largo trago.

Javier agitó la cabeza mientras manipulaba el sobre del azúcar.

—Tú eres más retrasado que él —replicó—, y mucho más gilipollas. ¿Qué coño vas a hacer ahora?

Miguel se encogió de hombros.

—Estamos en verano, así que lo mismo que todo el mundo: veranear. He cobrado una pasta como indemnización, y tengo algo ahorrado.

Su amigo lanzó una sonora carcajada.

—Eres un manirroto —dijo con tono burlón—. Tú no ahorrarías ni aunque te robase el dinero y te lo devolviese un año después.

—Quizá me vaya a ver la gira de la selección de baloncesto —sugirió Miguel—. Llevaba años queriendo hacerlo, y ahora tengo dinero y tiempo para realizarlo.

—La gira de la selección es una estupidez —afirmó Javier con un deje de chulería en la voz—. La Federación organiza un *tour* a lo largo de toda España, como si de un grupo de música se tratase. Así no se prepara en condiciones un Eurobasket, ya lo viste el año pasado con el Mundial.

—Vaya, hace dos años ganamos el Eurobasket, y antes, la plata olímpica... ¿Sigo?

—La ganamos porque teníamos a Pau Gasol —interrumpió Javier. Guiñó un ojo y sonrió.

—Entonces, si tenemos a Pau Gasol, ganaremos igual.

—No voy a discutir. El profesional de esto eres tú.

«Exprofesional», pensó.

—Quiero discutir de otro tema —reanudó Javier con voz guerrera—. ¿Por qué coño te ha dejado María?

«Tocado y hundido».

Aquel tema sí que era doloroso para él. Tomó aire y reunió el valor necesario para responder.

—Insinué que había conocido a otra persona.

El rostro de Javier borró la sonrisa y se endureció.

—Joder, eres un gilipollas —sentenció—. Con todo lo inteligente y observador que eres, y no te das cuenta de que esa chica está colada por ti.

Miguel frunció el ceño. Su viejo amigo ya lo había insultado dos veces en menos de cinco minutos.

—Cuando llegué anoche a su casa —dijo con voz calmada—, encontré la tapa del retrete levantada y vaho en el cristal del baño.

—¿Pero es que acaso te crees que eres Joe Hallenbeck en *El Último Boy Scout*?

—Me acordé al instante de esa peli. Me encanta Bruce Willis.

—Y te comportaste como él, ¿no?

Miguel ganó tiempo bebiendo un nuevo sorbo del café con leche antes de responder.

—Ella no se había duchado —respondió con un reproche imaginario hacia su exnovia—. Ya no hablábamos como antes, ni nos besábamos igual. Habla demasiado con un tal Javier Bermúdez por WhatsApp y por Twitter, así que le pregunté por ello.

—Claro —bufó—, le preguntaste que si te estaba poniendo los cuernos con ese tío.

—Algo así.

—Y te mandó al carajo.

—Algo así.

—Miguel.

—¿Qué?

—Eres un gilipollas. Siempre la cagas igual. Eres incapaz de confiar en una mujer. María es muy orgullosa y tiene el peor temperamento que he conocido en una chica. Y la has perdido. Lo sabes, ¿no?

—Miguel Herrero Lahoz —exclamó una voz conocida a sus espaldas.

Miguel se giró y posó la mirada en el hombre que había pronunciado su nombre y dos apellidos con aquella efusividad. Era alto, corpulento, rostro pulcramente afeitado, aires militares. Era un policía nacional, y lo conocía.

—José Luís —exclamó sorprendido, y a la vez aliviado por escapar a los reproches de su viejo amigo.

El policía se aproximó y lo abrazó.

—Javier, te presento a José Luis Martín Martín —dijo sonriente—. Hicimos el curso de Ávila juntos.

Javier estrechó la mano del antiguo camarada de Miguel.

—Me marcho —dijo después—. Luego te llamo.

José Luis ocupó el asiento de Javier. El camarero, un hombre de edad madura, pelo cano y mirada hosca llamado Félix, se aproximó a tomar nota.

—Una cocacola —dijo José Luis.

—Yo nada, gracias, Félix.

—Has engordado —elogió el policía—, y te estás quedando calvo.

Miguel sonrió.

—A ti, en cambio, la vida de inspector te trata bien.

Su camarada sonrió sorprendido.

—Me ascendieron hace poco —reconoció apurado—. ¿Cómo te has enterado?

—Porque hoy es un domingo de agosto; siempre pillas vacaciones en julio. Te presentas, además, de paisano en un bar de Guadalajara, a sesenta kilómetros de tu comisaría. Antes, podrías haber venido a verme cualquier día después de tu turno, pero es evidente que tu reciente ascenso te roba más tiempo y no tienes muy claro cuándo comienza y termina tu jornada laboral.

—Casi aciertas. Me han ascendido a subinspector.

Félix regresó, depositó un botellín de Coca-Cola y Miguel fijó la vista en el suculento trozo de magro con tomate depositado sobre una rebanada de pan de hogaza que formaba el aperitivo que acompañaba a la bebida.

—El magro con tomate en este bar es exquisito —elogió cuando el camarero los dejó solos.

—Ya sé de dónde te vienen los kilos de más —respondió José Luis, con una sonrisa pícaro.

—Al grano, José. No has venido hasta aquí para llamarme gordo. ¿Cómo me has encontrado?

—Soy poli, Miguel.

—Has llamado a casa y Julia, la asistente, te ha dicho que estoy aquí.

—Si conocías la respuesta, ¿para qué me haces la pregunta? —bromeó—. Te buscaba porque me he enterado que estás en el paro, y tengo algo que te puede interesar.

El rostro de Miguel cambió al instante. Se acomodó sobre el asiento y lanzó una mirada cargada de curiosidad.

—¿Qué me puedes ofrecer? Desde luego, no la readmisión al Cuerpo.

—Eso no —contestó José Luis—. El oficial al que pegaste en aquel bar mientras estabas en prácticas, además de borracho, es ahora comisario, y no te olvida.

—Yo, en cambio, sí que lo he olvidado.

El policía probó el magro con tomate y se limpió la boca con una servilleta.

—Esta muy bueno, tienes razón. —Asintió—. Te ofrezco un caso.

—No soy policía —objetó Miguel—. Duré dos meses en prácticas.

—Lo sé. Eres casi policía. Y, hasta lo que yo he visto, eres el mejor observador y el más inteligente de cuantos oficiales he conocido. Si hubieras contenido los puños, ahora mismo tendrías un futuro brillante en el Cuerpo. Además, te planteaste abrir un despacho de detective privado.

—No terminé la carrera —respondió—. No soy ni poli, ni detective, ni nada de nada. Soy un parado.

—Eres la persona idónea.

Miguel permaneció pensativo durante un largo instante. Un viejo amigo policía acude hasta allí para ofrecerle un trabajo. Debía de tratarse de un asunto delicado. Y extraoficial, claro. En el pasado había ayudado a José Luis en algún caso puntual, aportando su punto de vista y sus sospechas. Era evidente que su ayuda había sido muy valiosa.

—Cuéntame de qué se trata —dijo mientras descendía la mirada hasta su café con leche; el hielo se había licuado.

—Es muy fácil —comenzó el policía—. Se trata de algo muy sensible, y que atañe a un pez gordo de la construcción; pero paga muy bien. El viernes se presentó en la comisaría y solicitó hablar conmigo. Soy amigo de su sobrino, y me invitó a tomar café. Necesitaba encontrar a una persona, pero no podía denunciar su desaparición...

—Porque no es familiar suyo —interrumpió Miguel—. Ni un empleado. Es una amiga, ¿no?

—Eso es —concedió José con una sonrisa—. No puede hacer nada, pero necesita encontrarla porque tiene algo suyo.

—Evidentemente, no te ha dicho nada más.

—Sí. Me solicitó que buscara a alguien de confianza, que no fuese ni policía ni detective privado, y que pudiera iniciar la búsqueda de su amiga de manera discreta. Paga una pasta, Miguel, un auténtico dineral.

—Si está dispuesto a pagar mucho dinero, es porque esa amiguita es importante —reflexionó—. Un asunto de faldas, como no podía ser de otra forma. Lo mismo se ha fugado con un anillo propiedad de su esposa, o algo así.

—¿Aceptas?

—Acepto hablar con el tío de tu amigo —respondió con voz dura—. Después decidiré.

—Lo sabía. —José Luis sonrió—. Tienes una cita mañana a las doce de la mañana en la Torre Casier. Pregunta por don Fernando Soler.

—Coño, y tanto que es un pez gordo —exclamó—. Uno de los dueños de SOLYFER, la tercera inmobiliaria más importante de España.

—Te lo dije.

Terminó el aperitivo, bebió un rápido trago de cola y se incorporó.

—Escúchalo, sé amable, vístete como una persona (no como el friki que eres), y acepta el caso. Es algo sencillo y rápido. Muy bueno el magro, sí, señor.

Estrechó la mano de Miguel y abandonó el bar.

—¡Félix! Ponme media ración de magro, que me ha entrado el apetito.

Necesitaba reflexionar, y siempre se le daba mejor mientras comía. Seguramente Julia se enfadaría, pero la comida que le habría dejado en la nevera podía comérsela para la cena.

Miguel cerró la puerta de su coche con suavidad. A pesar de poseer cierre a distancia, cerró manualmente el Seat Córdoba gris metalizado. No se fiaba. Sabía que era muy sencillo localizar la frecuencia del mando y abrir el coche. En realidad, era una manía. La Torre Casier era un ciclópeo edificio de oficinas coronado por un cartel gigantesco en el que se podía leer desde varios kilómetros a la redonda: «SOLYFER S.A.».

Se había afeitado aquella mañana. Vestía una camiseta de manga corta añil y unos vaqueros que lo asfixiaban junto al calor de agosto en Madrid. Calzaba unos zapatos de cuero con suelas de goma, cómodos y a la vez elegantes —según su propio y particular punto de vista—. Atravesó el vestíbulo en dirección a la señorita que atendía parapetada tras un mostrador de mármol plateado. Aquel acceso parecía el clásico vestíbulo de un edificio de negocios, con suelo enmoquetado, alguna figura decorativa horrible —muy al estilo modernista que deberían dictar aquellos lugares—, y una luz intensa, casi radiante. Sonrió a la señorita. Sabía que, aunque con un ligero sobrepeso, su mirada y sonrisa eran atractivas, y cuando hablaba, conseguía atraer la atención de cualquier mujer. Era un gran observador y su mente trabajaba de manera rápida y lúcida, lo que le facilitaba la labor. Empero, tales capacidades se tornaban contra él en el instante en el que la relación se mantenía durante un largo periodo, momento en el que se mostraba desconfiado y más celoso que un marido siciliano agraviado.

—Buenos días, señorita —saludó con una sonrisa—. Tengo una cita con don Fernando Soler a las doce de la mañana. Soy Miguel Herrero.

La muchacha correspondió con un mohín y estudió con atención el interior de una agenda. Era guapa, morena y bien arreglada, pero quizá no muy espabilada, porque tardó casi cinco minutos en localizar la cita, hasta que una llamada apurada le ofreció una salida digna.

—El señor Soler no puede atenderlo ahora mismo —dijo con voz fingidamente compungida—. Le ruega que aguarde, si no es mucha molestia, en la cafetería Nuevo Estilo, la de ahí enfrente. En cuanto termine su reunión, acudirá.

«No le ha comunicado a nadie nuestra entrevista», pensó.

—Muchas gracias —contestó con voz amable—. Le agradezco su diligencia, señorita.

La cafetería era un local amplio y bien iluminado por numerosos ventanales de cristal. Había mesitas distribuidas por doquier. Los trabajadores de los edificios de alrededor se habían tomado todos vacaciones al mismo tiempo, y apenas un puñado de clientes dejaban pasar el tiempo en la barra. Se aproximó hasta el camarero, pero, antes de que hablase, un hombre se aproximó hasta él. Vestía ropa de marca, polo blanco y pantalones chinos color pastel.

—El señor Soler lo aguarda —dijo con voz seria—. Sígame.

Fue detrás de él hacia un pequeño reservado. Fernando Soler era un hombre de edad madura, tez morena pulcramente afeitada, cabello corto, complexión fuerte y mirada inteligente. Vestía una chaqueta oscura que juzgó más cara que toda la ropa que él podría almacenar en su armario. Mantenía la mirada fija en un vaso ancho de *whisky*. El apretón de manos fue intenso y seco; le sudaban ligeramente.

—Don Miguel —inició con voz grave—, su amigo el subinspector Martín me ha proporcionado las mejores referencias sobre usted.

El tono era serio, cortés, como si se tratase de un accionista con el que negociar una inversión.

—Muchas gracias —contestó, aunque desconocía qué clase de referencias le podría haber dado su viejo camarada. No preguntó, temía conocerlas.

—Hace unos días —prosiguió el empresario—, una amiga mía aprovechó la confianza que nos unía para llevarse un objeto de mi propiedad.

Miguel ocultó una sonrisa sarcástica. El concepto *confianza* era gracioso en este caso.

—¿Cómo es el objeto? —inquirió, entornando los ojos. Ni siquiera le habían preguntado si deseaba tomar algo; desde luego que el señor Soler no se andaba por las ramas.

—No se preocupe del objeto —contestó después de apurar el contenido de la copa—. Usted solo debe encontrarla. De lo demás ya me encargo yo.

—¿Por qué no ha acudido a los servicios de un detective?

El señor Soler vaciló un instante antes de contestar.

—Prefiero confiar en el subinspector —contestó.

«Mentira», dijo para sí.

—¿Y cómo se llama su amiga? ¿Dónde vive? ¿Desde cuándo ha desaparecido?

—¿Cómo sabe que ha desaparecido? —preguntó Soler, sorprendido.

—Porque no la encuentra usted —contestó con una sonrisa—. Lo ha intentado por todos los medios, y por eso acude a Martín, o, en este caso, a mí.

—Hace una semana que la busco y no la encuentro.

—¿Y el nombre? ¿Dónde vive?

El empresario se inclinó ligeramente y fijó la mirada en Miguel. Era una mirada dura, intimidante, pero que a él en nada le afectaba.

—No entraré en detalles hasta que acepte —dijo muy serio—. Un hombre de mi posición no puede cometer más errores.

«Más errores. ¿Qué otros errores has cometido?», se preguntó.

Se llevó una mano a la chaqueta y extrajo un pequeño paquete del bolsillo interior. Lo depositó sobre la mesa.

—Pagaré doscientos mil euros; cincuenta mil por adelantado. Solo necesito que la localice.

Miguel tragó saliva. Era mucho dinero. Incluso solo con el adelanto, la cifra ya sería interesante. ¿Qué deseaba ocultar aquel hombre que acudía a él con una cifra mareante? ¿Comprar una lealtad que seguramente un detective privado no le podría ofrecer?

—Acepto. Ahora dígame su nombre y dirección.

El señor Soler sonrió y volvió a introducir la mano en un bolsillo interior. Depositó una tarjeta de color rosa sobre el paquete de dinero.

—Se llama Valeria —dijo mientras aproximaba el paquete y la tarjeta a Miguel—. La conocí en el lugar que refiere la tarjeta.

Miguel estudió la tarjeta.

«¿Me paga esta pasta por encontrar a una puta? ¿Qué coño te ha robado, Soler?», se preguntó.

—Una puta rusa. ¿Ahora comprende por qué acudo a un amigo? Esa puta me ha robado una pulsera que es propiedad de mi mujer, y necesito encontrarla antes de que ella la eche en falta y sospeche. Mi matrimonio vale más de doscientos mil euros.

Miguel frunció el ceño.

—Edén Divino —prosiguió el señor Soler—. Allí conocí a Valeria por primera vez. Después, quedábamos por teléfono. He apuntado el número en la tarjeta.

—Hay muchos métodos de localización de teléfonos —replicó mientras se guardaba la tarjeta y el dinero en el pequeño bolso de cuero que siempre portaba colgado como una bandolera—. Un hombre como usted puede emplear estos métodos.

—Ha desaparecido —finalizó el empresario con voz grave. Aproximó una nueva tarjeta, en este caso de su propiedad—. Infórmeme de sus progresos. Tengo que irme, mi socio parece que ha decidido tomarse unas vacaciones sin avisar y me toca hacer su trabajo, además del mío.

Se incorporó y no proporcionó a Miguel la oportunidad de continuar con la conversación. Era muy evidente que consideraba humillante rebajarse a pedir ayuda a alguien tan inferior a él. Una reunión en un reservado de una cafetería, donde él aguardaba con un lingotazo a las doce de la

mañana. Una puta que le ha robado algo y que ha desaparecido. Más de treinta millones de las antiguas pesetas como recompensa. Casi diez millones sobre la mesa, a fondo perdido.

«¿Qué oculta, *señor Soler*?».

Se tomó un buen tiempo para examinar la tarjeta del puticlub. Era satinada, papel de calidad. El lugar se encontraba en una calle adyacente a la Gran Vía. «PUB EDÉN DIVINO. EXCLUSIVIDAD. TRATO VIP». Marcó el teléfono de la señorita Valeria. Una voz automática informó que el teléfono se encontraba apagado o fuera de cobertura. Decidió que esa noche probaría el trato VIP que dispensaba el *pub* en cuestión. Se dirigió hasta la puerta de salida del bar, pero la voz de un camarero se lo impidió:

—¡Oiga! —exclamó—. Su amigo no me ha pagado las dos copas que se ha bebido.

Miguel pagó con un billete de diez euros, malhumorado. El hijo de puta de Soler además era un tacaño.

Capítulo tercero.

Los acordes finales de *Sweet Child of Mine*, de los Guns and Roses, se extinguieron al mismo tiempo que Miguel apagaba el motor de su coche. Cerró manualmente y se dirigió hacia la salida del parking subterráneo. La noche era cálida, demasiado seca y pegajosa. No había regresado a Guadalajara, había permanecido durante todo el día en Madrid, visitando algunas librerías y adquiriendo aquellos ejemplares que tenía planeado conseguir y para lo que nunca encontraba el momento adecuado. Antes no se lo podía permitir, y, cuando sí pudo, nunca tuvo tiempo para hacerlo. Así que durante aquel día, decidió relajarse de librería en librería y olvidarse del señor Soler y de su amiguita hasta la noche. Se ajustó el bolsito, regalo de su hermano mayor, y se dirigió hacia el local. Había ocultado el fajo de billetes en el interior del maletero del coche, bien escondido en uno de los laterales, excepto unos pocos que guardaba en la cartera. Billetes de cien euros, nuevecitos. Debería pensar qué hacer con el resto del dinero después del trabajo, en el supuesto caso de que se lo pagase en metálico.

El Edén Divino se ajustaba fielmente al canon de calidad que pregonaba en su tarjeta. Era un local amplio, amueblado con un gusto exquisito, forrado con maderas nobles y contaba con numerosos reservados parecidos a pequeños habitáculos, donde los clientes interactuaban con las prostitutas. Era exclusivo, pensó, porque la entrada costaba cincuenta euros, además de por la decoración. No quiso ni imaginar el precio del servicio habitual. Se acomodó en uno de los cubículos y solicitó al camarero una cerveza. Doce euros. En verdad sí que era un local exclusivo. Pagó al camarero y observó divertido el botellín de vidrio que contenía un líquido tan valioso. Nunca había pagado tanto dinero por una Carlsberg.

La primera chica que se acomodó junto a él le metió la mano en la entrepierna a modo de saludo. Era morena, de pelo rizado, un escote generoso y sonrisa sensual.

—¿Me invitas a una copa, guapo? —le susurró al oído.

«Aquí todos somos guapos», pensó él.

—¿Eres española? —preguntó con una sonrisa. No estaba dispuesto a pagarle una copa por nada del mundo. A ese precio, no.

—Sí, como la mayoría —contestó ella, aproximándose más aún—. Me llamo Laura. —Adjuntó dos sonoros besos a su presentación—. La puta crisis llena las calles y los puticlubs de españolas.

—Una pena —se lamentó, encogiendo los hombros.

—Así es la vida, guapo. ¿Una copa?

—Me refería —alegó— a que es una pena que no seas rusa. Hoy me apetecía estar con una de ellas.

Laura torció el gesto y se apartó.

—En este turno solo trabaja una rusa —dijo con desdén—. La llamaré si quieres.

—Gracias. —Esbozó una ligera sonrisa, pero la prostituta desapareció al instante.

Bebió un trago. Al menos estaba bien fría la cerveza. Estimó que se había bebido cuatro euros en el trago.

—Hola, guapo —dijo una voz con un inconfundible acento eslavo—. Me llamo Irina.

Era, de lejos, la mujer más hermosa que había tenido ocasión de conocer; y su lista era muy amplia y variada. Levantaba más de un metro ochenta desde los pies hasta los ojos, azules como un lago cristalino. Vestía un corpiño negro y unos tacones que la elevaban aún más. Su escote, tan generoso como el de la española, descendió hasta él, y ella le propinó un beso en los labios que lo dejó aturdido durante unos segundos. Tomó asiento junto a él y sonrió. No hacía falta que metiera la mano en ninguna parte, pensó. A ella, no. Tomó aliento y sonrió.

—Estaba buscando a Valeria —dijo con tono algo más firme.

Irina dibujó una sonrisa angelical. El cabello, oscuro como el carbón, le caía sobre los hombros con una delicadeza suprema.

—¿Valeria? Hace un mes que se marchó del local.

«Maldita sea».

—¿Dónde ha ido?

Irina lanzó una mirada serena y guardó silencio. Menuda pregunta tan estúpida que le había hecho. No le iba a dar esa información a un desconocido.

—No me lo dijo —respondió ella de manera escueta—. ¿Subimos a la habitación?

La voz de la muchacha, suavizada por el acento, amenazó con derretir la voluntad de Miguel. Pero no le gustaba acostarse con una mujer por dinero; no entraba dentro de sus principios. Ni siquiera con Irina. Le pareció que bastante debía de tener una mujer con vender su cuerpo, así que aprovecharse de una necesidad tan apremiante no era justo. Además, él no solía encontrar problemas en encontrar una mujer sin pagar. Extrajo la cartera, tomó dos billetes de cien euros y los depositó sobre la mesa.

—No he venido a *eso* —dijo, mirando a los ojos a la rusa—. He venido a ver a Valeria, y, si me dices dónde vive, te doy el dinero. Y si me mientes, volveré, pero en ese caso sin dinero.

Irina evitó la mirada de Miguel, se mordió los labios durante unos segundos y fijó la mirada en el dinero. Lo tomó y se lo guardó en el sostén.

—Se marchó a una casa de citas en la calle Guadalcanal —dijo de manera apresurada—. Creo que es el número trece, el de la mala suerte aquí. Una amiga mía le ofreció ocupar una plaza, aunque primero me había preguntado a mí.

—¿Por qué la rechazaste?

—Porque aquí gano más dinero. Encantada.

La rusa le regaló un nuevo beso a modo de despedida y desapareció. Quedó sorprendido por la desenvoltura con la que Irina hablaba español, lo increíblemente hermosa que era y la facilidad que tenían los billetes de cien euros en aflojar la lengua. Lamentó beberse el resto de la cerveza con tanta rapidez, pero tenía que marcharse antes de que otra meretriz lograra derribar su voluntad.

—¿Qué quería ese pollito? —preguntó uno de los porteros a Irina.

—Es un marica —respondió ella—. Busca a un chaperero amigo mío.

El portero se alejó y tomó su teléfono móvil.

—Ya, un marica —dijo entre dientes.

. . .

Eran las doce de la noche cuando Miguel pasó de largo por el número trece de la calle Guadalcanal. Era un barrio de chalecitos adosados, todos iguales, como un ejército de figuras de Warhammer en sus blísteres. Miguel pensó que era muy friki si era capaz de hacer una similitud parecida, pero la presencia de un Volvo oscuro junto a la cancela del número trece y la mirada de un matón vestido como tal apoyado en el capó lo obligaron a apartar sus pensamientos y disimular. O aquella noche visitaba el chalé un cliente muy exclusivo, o el asunto se estaba complicando más de la cuenta.

Giró a la izquierda y enfiló la calle paralela. Detuvo el coche a la altura del número trece y estudió la parte trasera del chalé. Una pequeña cancela de madera impedía el paso. Trepó sin mucha facilidad y procuró deslizarse en el interior del lugar con el máximo sigilo. Tenía la sospecha de que algo ocurría allí, y por el dinero que había cobrado, bien merecía la pena jugarse el cuello. Al fin y al cabo, nadie lo esperaba en casa. Aquella aventura comenzaba a recordarle los motivos por los que aprobó la oposición a policía nacional.

Una de las puertas del balcón se abrió lentamente ante su insistencia y logró acceder al interior de la vivienda. Escuchaba gritos provenientes de una de las habitaciones. Avanzó en penumbra por una estancia pequeña, evitando tropezar con un paragüero que contenía un atizador situado frente a una chimenea, y lentamente prosiguió en silencio. Atravesó un pasillo alfombrado, se detuvo junto a la puerta desde donde provenían las voces y asomó ligeramente la cabeza. El salón principal estaba iluminado por una gran lámpara de cristal. Tres hombres se encontraban alrededor de una mujer atada a una silla, que recibía de vez en cuando una sonora bofetada si no contestaba de manera satisfactoria.

Los tres hombres se hallaban de espaldas, pero pudo distinguir que no llegaban al tamaño de su compañero en el exterior. La chica sollozaba.

—¿Me vas a decir dónde se esconde Valeria? —preguntó uno de ellos.

—No lo sé —dijo ella con la voz quebrada.

El manotazo que recibió hirió el corazón de Miguel. Nadie debería levantarle la mano a una mujer, ¡nadie y nunca! Apretó los dientes con rabia. Ella era la amiga de Irina, sin duda. Si aguardaba escondido, quizá podría enterarse de la dirección cuando ella cantara. Por la violencia de los golpes, o hablaba o moría. Al igual que Irina, la muchacha era hermosa a pesar de encontrarse en una situación penosa. Era rubia, más baja que Irina. Cuando los golpes y los sollozos se lo permitían, podía distinguir una hermosa mirada de color esmeralda que imploraba piedad. Vestía tanga y sujetador rosa. Después de Irina, seguramente sería la mujer más atractiva que había podido ver en su vida. Un nuevo golpe inflamó de rabia el corazón de Miguel. Ella no sabía nada; la iban a matar. Decidió regresar al coche y pensar la siguiente acción. Si él no era el único que buscaba a Valeria, era evidente que esta tenía más *amigos* interesados en hallarla. Cuando atravesó la pequeña estancia, se detuvo una vez más al escuchar otro golpe y el lamento de la muchacha. Estaba furioso, pero... ¿qué podía hacer él? Bajó la mirada y descubrió el atizador metálico. Lo sostuvo pensativo. Parecía de hierro forjado, contundente. Despreciaba las armas de fuego, pero su *frikismo* lo había llevado a formar parte de la «Sala de Armas Antigua Avalon», un lugar donde él y unos cuantos tarados se dedicaban a practicar esgrima. Lo ayudaba a mantenerse en forma, puesto que volver a las clases de judo y sacarse el cinturón negro era algo que descartaba desde hacía tiempo. Giró el atizador. Era pesado, pero cómodo.

—¡Mátala, no va a hablar!

Aquellas palabras le aclararon las dudas. Con el objeto metálico empuñado en la mano derecha, atravesó el pasillo alfombrado y asomó la cabeza. Uno de los hombres tomaba el cuello de la muchacha con una mano y alzaba el puño de manera amenazadora. Los otros dos aguardaban sentados frente a ella, de espaldas a él.

Golpeó al primero en el lado derecho del rostro. Armó el brazo y descargó su furia sobre el cráneo del segundo. Su compañero, quien sostenía a la chica por el cuello, se giró y antes de que pronunciase una palabra Miguel le propinó el golpe más violento que jamás había realizado. Los huesos de su rostro crujieron, tras lo cual se desplomó como un saco de huesos y carne. Los dos caídos comenzaban a incorporarse, ensangrentados y aturdidos, pero volvió a golpearlos hasta que acompañaron a su compañero sobre la alfombra. La sangre brotaba por sus heridas y manchaba el suelo en un espectáculo algo desagradable, pero la chica le dirigió una mirada agradecida.

—Soy amigo —dijo mientras la desataba—. Acompáñame. Nos vamos.

La rusa se calzó con unas sandalias y lo acompañó renqueante. No era más alta que él, y su busto generoso ascendía y descendía agitado. Regresaron al exterior de la casa, forzó la cancela para permitir el paso a la entumecida chica, se aseguró de que nadie transitaba por la calle y ambos corrieron hasta el coche. Arrancó y se alejó a una velocidad moderada, procurando no atraer la atención.

Tenía una rusa en tanga y sujetador en el asiento del copiloto de su coche, había derribado a tres hombres y en el maletero escondía casi cincuenta mil euros. Recorría así un barrio residencial de la periferia de Madrid a las doce y media de la noche. Un empresario infiel le había ofrecido cuatro fajos más de dinero por encontrar a una puta rusa que unos miserables buscaban también.

Era un gilipollas. Por un momento le pareció que era el protagonista de El Último Boy Scout, o de alguna de las películas protagonizadas por Bruce Willis. Era un friki, y además gilipollas.

Capítulo cuarto.

Miguel había decidido que necesitaba algo de tranquilidad y ordenar sus pensamientos, por lo que permaneció en silencio un largo tiempo. Sonaba de fondo *Dream On*, de Aerosmith, cuando la chica decidió romper el silencio.

—¿Dónde llevarme? —preguntó arrastrando las sílabas.

Suspiró y bajó el volumen. Le gustaba Aerosmith y era una pena no escuchar la canción debidamente. Conducía a ciento veinte kilómetros por hora, evitando cualquier maniobra brusca que atrajese la atención de la Guardia Civil. Le sería muy difícil justificar la presencia de la chica en el coche si lo detenían.

—A mi casa —contestó, sin desviar la mirada de la carretera—. Pero antes pararemos a comprarte algo de ropa. Mis vecinos no tienen una gran opinión de mí, pero desde luego que cambiaría si me encontrasen entrando en casa con una preciosidad como tú en paños menores.

Ella sonrió. Quizá no hubiera entendido todo, pero él no podía evitar bromear en esta clase de situaciones. En verdad, no podía evitar bromear en cualquier clase de situaciones.

—Me llamo Miguel.

—Natalia.

«El nombre de guerra», supuso.

—Podría decir que estoy encantado de conocerte, Natalia —respondió con una sonrisa.

Ella guardó silencio y dirigió la mirada hacia el exterior del coche. Se detuvieron en una gasolinera y compró una camiseta de imitación del Real Madrid y un pantalón corto playero. La camiseta era la única de la talla de la chica, y le dolió en el alma pagar veinte euros por algo relacionado con ese equipo de fútbol. A decir verdad, si sus vecinos lo descubriesen entrando en su casa con una rubia cañón vestida con la camiseta del Atlético de Madrid, que él estaba dispuesto a comprar en lugar de la del Real Madrid, se partirían de la risa. Vestida de blanco pasaría más desapercibida. Escuchó un escueto agradecimiento mientras ella se vestía y él ponía rumbo a Guadalajara. Observó que la chica estaba a punto de romper a llorar, por lo que subió el volumen del aparato de música y encontró que la balada que sonaba, *Don't Cry*, de Guns and Roses, se ajustaba exactamente a la situación. La muchacha estalló, y comenzó a sollozar apoyada en el salpicadero del coche.

—No llores, muchacha —trató de consolarla. Pero prefirió guardar silencio y dejarla desahogarse.

La diosa Fortuna evitó la presencia de algún mirón nocturno en el garaje. Tomaron el ascensor hasta el quinto piso. El rostro de Natalia se encontraba algo inflamado, y uno de sus ojos comenzaba a mostrar un ligero tono verdoso. La casa constaba de un amplio salón que hacía de recibidor y distribuidor. Un corto pasillo situado a la izquierda conducía hasta su habitación y el despacho. A la derecha, otro pasillo comunicaba con las dos habitaciones destinadas a los invitados. Más allá, junto a un pequeño estrado que llevaba hasta la terraza, se abría al salón una pequeña cocina. Había recorrido toda la ciudad hasta encontrar aquel piso, casi exacto al de uno de los personajes que más le gustaban de la televisión: el doctor Frasier Krane. Era un friki de cuidado, pero vivía en la casa de sus sueños. Encendió la luz del salón y condujo a Natalia hasta el sillón. Buscó en el cuarto de baño de su habitación la pomada y las pastillas antiinflamatorias. Luego preparó una pizza precocinada en el horno, y mientras se cocía, aplicó la pomada en el rostro de la muchacha. Esta permanecía en silencio, observando cada detalle del salón con la mirada aún ausente. Tenía el cuerpo malherido, y cada vez que él la tocaba, se estremecía. No parecía que la paliza le hubiera quebrado algún hueso, ni siquiera un diente. Desde luego que su torturador sabía ejecutar el trabajo con profesionalidad.

—Pobrecilla —musitó mientras observaba su rostro de cerca—. Te han molido a palos y encima te toca huir como una prófuga de tu casa.

Cenaron en silencio. Natalia parecía más tranquila, pero masticaba con la mirada clavada en el suelo, como avergonzada. Después se tomó el antiinflamatorio y acompañó a Miguel hasta una de las habitaciones de invitados.

—Descansa, mañana hablaremos —dijo Miguel mientras activaba el aparato de aire acondicionado—. Si tienes frío, apágalo.

Ella asintió. Se deshizo de la camiseta y del pantalón, y antes de que continuase con el improvisado estriptis, Miguel había logrado cerrar la puerta y rehuir la tentación.

Se encontraba agotado. Eran casi las dos de la mañana de un día difícil de olvidar. Su cuerpo protestó por la tensión acumulada cuando se dejó caer en la cama, pero era incapaz de conciliar el sueño. Era consciente de que tendría que hablar con Natalia para averiguar el paradero de Valeria y la identidad de sus interrogadores. Al cabo de un largo periodo de tiempo, percibió que la puerta se abría y una silueta se aproximaba hasta él. ¿Se había dormido y era un sueño? Sintió el rostro de Natalia aproximarse, y esta lo apoyó en su pecho. Él la rodeó con los brazos y con una de las piernas mientras el corazón le latía frenético. Todo el cuerpo parecía que le pedía estrecharla y amarla con todas sus fuerzas. Pero era una prostituta... ¿Con quién se habría acostado aquel día? ¿La habrían forzado sus *amigos*? Si intentaba algo, estaría aprovechando una situación de indefensión. Ella había recibido una paliza, se encontraba lejos de su casa y seguramente no comprendería nada. Pero había acudido a él. De pronto sintió ella que se estremecía y comenzaba a temblar. Él la abrazó para tranquilizarla.

Entonces rezó por primera vez desde que era un crío. Porque no le quería tocar ni un pelo a aquella desdichada; no podía aprovecharse.

Seguramente Dios estaría partiéndose de risa en el cielo. Dejar pasar la oportunidad de acostarse con una mujer así...

Aguardó hasta que la respiración de ella se reguló, y se apartó lentamente. Abrió la puerta, lanzó una última mirada a la cama donde descansaba una diosa venida desde el este... y se alejó en dirección a la habitación de invitados.

Siguió rezando.

. . .

Se levantó tarde, y comprobó que Natalia continuaba sumida en un profundo sueño. Eran las doce de la mañana. Se hizo un café en su cafetera nueva, acomodándose después en el sillón. Debía aguardar a que Natalia se despertase, pero también era consciente de que la pobre tenía que descansar lo máximo posible. Se duchó en el cuarto de invitados, tomó una camiseta y unos pantalones cortos limpios de la secadora —nunca recogía la ropa a su debido tiempo— y se dirigió hacia su despacho.

A las seis de la tarde escuchó ruido en su cuarto de baño. Su imaginación voló hasta el plato de ducha donde Natalia se encontraba... Agitó la cabeza para apartar la tentación. Vaya un gilipollas que era. Se encontraban los dos en un problema de difícil solución, y él solo pensaba en sexo.

—Tener hambre —dijo ella mientras asomaba la cabeza en el quicio de la puerta con timidez.

Se había vuelto a vestir con las ropas del día anterior, y el cabello húmedo le acentuaba los rasgos suaves y delicados. La hinchazón había descendido, y el color del ojo no avanzaba al temido morado.

Sirvió café y magdalenas. Ella desayunó como si no se hubiera alimentado en la vida. Luego se tomó otro antiinflamatorio, aceptó la bolsa de hielo que le ofreció Miguel y la depositó en el rostro, aún malherido. Se hundió en el sillón, como derrotada.

—Natalia —comenzó dubitativo—, anoche entré en tu casa porque necesito localizar a Valeria.

—Esos hombres también querer saber —respondió ella desde el fondo de la bolsa de plástico—. Yo no saber. Yo solo saber que ella desaparecer hace tres días.

—No soy policía ni investigador privado, pero me han contratado para encontrar a Valeria. Es importante.

—¿Trabajas para hombre rico?

—Sí.

—Hombre rico visitar a Valeria hace una semana en casa. Pero no hacer el amor. Visita durar quince minutos. Ella estar muy contenta después. Comprar vestido bonito y caro con el dinero del hombre rico.

«Como haya vendido lo que le robó a Soler, está jodido», pensó Miguel.

—¿Y después?

—Ella trabajar por la noche fuera de casa. Nosotras atender en casa, no hacer visitas. Pero trabajo de ella muy bien pagado, y salir.

—¿Muy bien pagado?

Natalia apartó un instante la bolsa de plástico y le lanzó una mirada seria.

—Muy bien pagado.

—Y después, ¿qué hizo?

—Ella regresar a casa muy contenta. Al día siguiente salir por la mañana. Llegó a casa a la hora de comer, y hace tres días, ella desaparecer. No coger teléfono.

—¿Me puedes describir cómo es ella?

—No.

—¿Cómo?

—No poder describir porque no saber hablar bien. Guapa. Más alta que yo. Más guapa. ¿Tener tú Internet?

—Claro, espera un momento.

Se dirigió hacia el despacho, tomó el ordenador portátil que había dejado encendido antes de aparecer ella y lo depositó sobre la mesa del salón. Ella tecleó una página web en el navegador y accedieron a una coqueta página donde se ofertaban los servicios sexuales de ella y de su compañera. El rostro de Natalia aparecía velado, pero el de Valeria, no. Aunque se encontraba ya vacunado ante el pasmo que le provocaba contemplar a una de estas bellezas rusas, contuvo el aliento al conocer el aspecto de Valeria: de cabello rubio como el trigo, ojos azules cristalinos, cuerpo de diosa y senos enloquecedores... La tarifa también era de locos. Lo valdría, seguro que lo valdría. No quiso seguir mirando, y cerró la tapa del ordenador.

Transcurrió un largo silencio.

—¿A quién visitó Valeria cuando se marchó al día siguiente del trabajo fuera de casa? —preguntó.

Necesitaba algo de información; un contacto, algo. De pronto Natalia se incorporó, abrió de nuevo el ordenador y volvió a consultar la página web. Frunció ligeramente el entrecejo al comprobar una a una las fotos de su compañera.

—Carlos cambiar fotos —dijo—, estas fotos ser nuevas. A lo mejor ella visitarlo a él para cambiar. Porque ser quien nos hace la página web.

—¿Es que no lo llamáis para actualizarla?

—No. Él querer vernos en persona para hablar.

«Chico listo», pensó él, «yo también preferiría hablar con ellas en persona en lugar de por teléfono. Lo mismo les cobraba en especie, el guarro».

—¿Dónde vive?

—En Fuenlabrada. Nosotras coger tren para ir a verlo. Luego taxi.

—Sabrás la dirección.

Ella permaneció en silencio un instante.

—Calle Mayoral, pero Valeria saber número y piso.

—¿Podrás reconocer el portal y el piso si lo ves?

—Creer sí.

—¡Buena chica! —exclamó. Se incorporó—. Voy a vestirme y, en diez minutos, nos vamos a hacerle una visita a vuestro amable *webmaster*. Pero antes compraremos algo de ropa, una más decorosa; esa camiseta me agrede la vista.

Eran las nueve de la noche cuando por fin se dirigieron hacia Fuenlabrada, después de visitar todas las tiendas de ropa del centro comercial principal de Guadalajara. El peor momento de la tarde transcurrió cuando se vio obligado a acompañarla a una tienda de lencería para adquirir más ropa interior. Con el rostro colorado como un tomate maduro, fue atormentado por la muchacha, que se empeñó en mostrarle en el probador cómo le ajustaba cada conjunto. Después de depositar las bolsas con la ropa recién adquirida —y pagada de manera religiosa por él— en el maletero, exhaló un suspiro de alivio. Esa mujer lo iba a matar. Había elegido una camiseta corta azul, muy ceñida, de manera que realizaba su pecho. Mantenía recogida la melena en una coleta y se había ajustado unos pantalones elásticos del mismo color que el top. Las zapatillas, cómodas y por supuesto azules, le habían costado una pasta. Pero, al pasar los minutos en el centro comercial, ella había comenzado a sonreír, y los ojos le brillaron de una manera especial. Después del mal trago pasado, merecía un momento de esparcimiento, aunque la tarde le costó a Miguel bien cara.

Al final, si continuaba la aventura con la rusa, acabaría perdiendo dinero.

Las sombras se alargaron a medida que se dirigían hacia Fuenlabrada. Natalia, como era habitual en ella, permanecía en silencio observando el paisaje exterior. Él disfrutó de una hora de buena música y poco tráfico.

—Una pregunta —dijo él antes de aparcar en la calle Mayoral—. ¿Qué vestido llevaba Valeria cuando salió a trabajar aquella noche?

Ella lo miró, frunciendo los labios.

—El caro.

—¿El vestido que se compró con el dinero del señor rico?

—Sí.

Recorrieron la calle durante un largo tramo, hasta que Natalia reconoció un portal metálico pintado de color verde. La puerta estaba entornada, y entonces Natalia recordó que Carlos vivía en el cuarto piso. Tomaron el ascensor, Miguel se dispuso a llamar con los nudillos en la puerta situada más a la derecha, pero cedió al instante cuando apoyó la mano en ella.

—Está abierta —dijo—. Quédate en la escalera. Toma las llaves del coche. Si escuchas ruido, bajas las escaleras corriendo, te metes en el coche y te vas a toda leche.

La casa era pequeña: apenas un recibidor, un pequeño salón, una habitación y el lugar de trabajo del *webmaster*. Se encontraba todo revuelto, como si alguien hubiera efectuado un registro minucioso. Se percató de que le había entregado las llaves del coche a una prostituta rusa que había conocido la noche anterior; donde había escondido casi cincuenta mil euros. Si huía, adiós dinero y adiós su única pista. Para su tranquilidad, Natalia contuvo un grito al observar el interior de la casa.

—Entra —dijo Miguel, más aliviado—. Quien haya registrado la casa ya se ha ido. No toques nada, no dejes ninguna huella.

Se dirigió hacia el lugar de trabajo de Carlos, y comprobó que alguien había robado las torres de los ordenadores que mantenía instalados. Tomó asiento en el sillón de cuero sintético y se encaró hacia el lugar donde sospechaba que trabajaba habitualmente el sujeto. En efecto, situado a la derecha del ratón descubrió un pequeño cuaderno de notas con un nombre y un número largo garabateado. Lo arrancó con sumo cuidado, se lo guardó en su bolsito de cuero y continuó inspeccionando la habitación. Aparte de la suciedad acumulada por un soltero no muy aseado y muy descuidado, no halló nada de valor. Tampoco tocó nada.

—Vámonos antes de que regrese el guarro este —dijo, tomando de la mano a Natalia— o los vecinos. Es curioso, no he encontrado ningún disco duro externo, ni DVD, ni CD, ni ningún dispositivo de almacenamiento nuevo o anticuado.

—No comprender.

—Déjalo, divagaba.

Regresaron a casa de Miguel al filo de las doce de la noche. Natalia se entretuvo un cuarto de hora doblando y guardando la ropa recién adquirida mientras Miguel cocinaba espagueti con salsa carbonara. La receta la había aprendido de su madre adoptiva, Victoria, la mejor cocinera que jamás hollará cocina alguna. Aunque acertó tanto los tiempos de la salsa como los ingredientes, reconoció que eran excelentes. Sirvió los espagueti en una mesa situada en la esquina del salón, frente a la terraza. La noche era muy calurosa, pero clara, y las estrellas se reflejaban en el exterior como un pequeño mar plateado. Desde su casa podía disfrutar de una hermosa panorámica de La Alcarria, puesto que habitaba en el bloque de edificios más alejado del centro de la ciudad. Más allá tan solo

existía carretera, campo y los escombros de las obras abandonadas por culpa de la crisis. Era el peaje que debía pagar si deseaba vivir en una casa así. Natalia sonrió al sentarse a la mesa.

—Hambre —dijo sonriente.

¡Qué guapa era! Miguel sonrió como un adolescente hormonado, tomó una botella de lambrusco bien frío y lo sirvió en las dos copas.

—Me encanta cocinar —dijo él, como si deseara romper el hielo—. Me enseñó mi madrastra, Victoria. —Natalia torció los labios, como entristecida—. No conocí a mis padres, se mataron en un accidente de tráfico al año de nacer yo. Dicen que mi padre era el mejor abogado de la ciudad, un superdotado.

—¿Súper... qué?

—Muy inteligente —prosiguió—. Mi madre era maestra de física en un instituto, también muy inteligente, al parecer. Victoria y Antonio me educaron junto a José y Tomás, mis dos hermanastros.

—¿En qué trabajar tú? —preguntó ella, con la boca llena de comida.

—En el paro. —Se tomó un instante para beber un pequeño trago del vino dulce y prosiguió— : Tuve una juventud... extraña. O inquieta. Fui entrenador profesional de baloncesto durante algunos años, pero lo dejé.

—A mí gustar mucho el baloncesto. CSKA el mejor.

—Eso habrá que verlo —replicó en voz baja. No le apetecía entrar en una discusión baloncestística con una prostituta rusa fanática del CSKA de Moscú—. Dejé el baloncesto y aprobé las oposiciones a Policía Nacional.

—¿Tú ser policía?

—No, yo no ser policía. —Descubrió que no había pan y empujó con el dedo un pedazo de espagueti para lograr enrollarlo—. Me echaron. Pegué a un superior en un bar cuando estaba en prácticas.

Natalia se rió con una dulce carcajada. Tenía la sonrisa más bonita del mundo; le pareció mucho más que la de Irina.

—Ríete —prosiguió algo avergonzado—, pero me multaron con tres mil euros y me querían meter en la cárcel por agredir a una autoridad pública. Me libré de la cárcel, pero no de la multa. Luego estudié una carrera, la dejé para entrar en una empresa de construcción donde llegué a alcanzar el puesto de subdirector de marketing. Pero me echaron.

—¿Tú volver a pegar al jefe?

—No llegué a pegarle... Lo insulté.

Natalia reprimió una nueva carcajada, y se atragantó.

—Mi novia me dejó, y el hijo de mil putas sifilíticas de mi exjefe me dijo que la había llamado para quedar a tomar café, como amigo mío que era, y ofrecerle consuelo.

—Jefe tuyo querer otra cosa —replicó ella divertida.

—Por eso lo insulté. Le dije que ella no perdería el tiempo con un retrasado tan gilipollas como él. Al día siguiente me echaron a la calle. Y hasta ahora.

Natalia ayudó a recoger la cena. Le brillaba la mirada, y no mostraba más atisbo de preocupación que el ligero verdugón alrededor del rostro. La inflamación había desaparecido. Era curiosa la manera que tenía aquella mujer de adaptarse a la situación.

—Es tarde, deberíamos dormir —dijo al cabo.

Ella sonrió, lo besó en la mejilla y se dirigió hacia su habitación.

—¡Ay, madre mía! —exclamó él, arrebolado—. No continúes por este camino. O cortas esto, o te enamoras de esta mujer hasta el alma.

Se acostó aún confundido. Percibió que la cama todavía mantenía el perfume de ella, y para confirmar sus sospechas volvió a distinguir su silueta atravesar la puerta a hurtadillas. Volvió a abrazarla, a apoyar el rostro en su pecho y a rodearle las piernas con su pierna izquierda.

Miguel volvió a rezar. Era gilipollas. Ella ya se encontraba recuperada, y había elegido acostarse junto a él. Pero él no era así, él no aprovecharía la ocasión. Se había gastado casi quinientos euros en ropa, por lo que ella estaría agradecida. Al fin y al cabo..., era una prostituta. Y era la única manera que ella poseía para pagárselo. Natalia no tardó en dormirse y, de nuevo, él se escabulló como un prófugo de su propia habitación. Se dirigió hacia la cocina, se sirvió una crema de licor de café en un vaso ancho con hielo y se dejó caer sobre el sillón del salón. Apartó su bolsito, y recordó que había guardado allí la nota que había encontrado en el piso del *webmaster*. La extrajo.

NICOLIN

35978RTYU677

¿Quién demonios era Nicolin? ¿Acaso otra cliente suya? Tomó el portátil y tecleó NICOLIN en el buscador de Google. También buscó prostitutas rusas con ese nombre, pero las búsquedas le indicaron mujeres de fuera de Madrid. Ni rastro. Al cabo de una hora, se le cerraron los ojos y se dejó abrazar por el sueño.

. . .

Un dolor agudo en la cabeza lo arrancó del mundo de los sueños. Se incorporó asustado: seguro que los matones de la noche anterior habían localizado a Natalia. Pero descubrió que el objeto que lo había golpeado era uno de los libros que guardaba en la estantería. Era un ejemplar de *El laberinto de las aceitunas*, de Eduardo Mendoza, y agradeció que el genial escritor barcelonés no escribiese novelas de seiscientas páginas.

—¿Pero qué coño haces? —preguntó perplejo.

Natalia detuvo la mano en alto, en ese caso dispuesta a arrojarle *El Señor de los Anillos* en edición especial ilustrada. Un sacrilegio para un friki como él..., y un libro de más de dos kilos de peso.

—¡Tú maricón! —exclamó ella.

—¿Qué?

—¡Tú no follarme! ¡O tú maricón, o tú no querer yo ser para ti! ¡Tú ser como demás!

—¿Pero qué coño estás diciendo? —volvió a preguntar mientras la tomaba por los brazos.

Natalia no se resistió, permitiéndole que la condujese hasta el sillón, la mirada refulgiendo con ira. Estaba decididamente preciosa.

—Tú salvarme. Tú darme casa. Tú darme de comer. Tú comprarme ropa cara. Yo no poder pagarte con dinero. Y tú no querer cobrar... ¡Tú querer yo trabajar para ti!

Miguel le mostró las palmas de las manos con una sonrisa turbada. Esa chica pensaba que él se quería convertir en su chulo.

Tomó a la muchacha por las manos.

—Yo no quiero que trabajes para mí, Natalia. Yo quiero encontrar a tu amiga, nada más. No creo que debas regresar a tu casa, por lo que no tienes donde ir. Y yo te ayudo porque te necesito.

Ella se calmó durante un instante.

—No pienso pedirte nada a cambio. Solo que me ayudes. Nada más.

Natalia se incorporó.

—¡Tú ser marica! —bramó.

Y se alejó en dirección a la ducha. Miguel sonrió. Tenía carácter, la muchacha. Y no era tonta. Sabía que, si se enamoraba de ella, no podría hacerla trabajar de prostituta ni apartarla de su lado.

Pero era una puta. Y él no debería enamorarse de una puta.

Capítulo quinto.

El teléfono sonó. Era un Samsung de tapa dura, antiguo y clásico como el Partenón, pero no necesitaba nada más para hablar por teléfono, y las baterías de los modernos apenas duraban unas horas. Aquel ejemplar necesitaba dos o tres recargas a la semana.

—Soy Soler.

—Buenos días —dijo Miguel, molesto.

—¿Alguna novedad?

Parecía un capitán militar dirigiéndose a un explorador de su compañía.

—Sí.

—Informe.

—Que el trabajo le costará otros cien mil euros más.

«Esto por chulo, putero e hijo de puta».

—Su amigo no me había avisado de que usted era un jodido tramposo —protestó el empresario.

—Usted no me avisó de que unos matones persiguen a la puta —replicó Miguel en el mismo tono arrogante que su interlocutor—. Considérelo un plus de peligrosidad. Ya casi la tengo.

—Excelente —dijo Soler con tono más confiado—. Si localizas a la chica, te habrás ganado los trescientos mil.

—Excelente.

Soler colgó sin despedirse. Le había aumentado la factura casi dos millones de las antiguas pesetas y ni se había inmutado. Algo pasaba, y le olía a quemado.

¿Qué te ha parecido lo que has leído hasta ahora? ¿Te apetece acompañar a Miguel Herrero y a Natalia en su aventura? A partir de aquí la cosa se pone muy pero que muy interesante.

Si te apetece seguir leyendo, puedes encontrar la novela en diferentes formatos: papel, Kindle, te dejo los enlaces a continuación:

Consíguelo en papel en mi web [aquí](#)

Consíguelo en Amazon (tapa blanda o Kindle) [aquí](#)